

SIGO SIENDO UN ANARQUISTA

HACE unos meses me dijo usted con humor y cierta dosis de melancolía: «Estoy en baja, soy un "has been"». ¿Tiene hoy acaso la sensación de ser un desconocido?

JEAN-PAUL SARTRE.—Desconocido, no, si se entiende por tal el modo en que lo fueron determinados poetas o escritores del siglo diecinueve. Pero no demasiado conocido, sí.

—Cuando era usted niño, tenía dos ambiciones: realizar una obra y llegar a ser célebre. ¿A partir de qué momento supo usted que había ganado?

J.P. S.—Siempre creí que ganaría: de ahí que en ningún momento haya tenido una impresión clara de triunfo. Pero, en fin, puede decirse que éste llegó después de la guerra.

—En otras palabras, esa notoriedad más bien pesada que le cayó encima en mil novecientos cuarenta y cinco...

J.P. S.—Sí, muy pesada...

—¿Ha sido también para usted fuente de placer?

J.P. S.—Figúrese que no, pues estaba hecha de tantos insultos, e incluso de tantas calumnias que resultaba irritante. No era, sin embargo, desesperante, ni mucho menos, pues con el tiempo llegué a encontrar en todo ello cierto encanto. Pero en un primer momento, aquella notoriedad se me infligió de la manera más desagradable posible: a través del odio.

—¿Le afecta el odio?

J.P. S.—Ya no. Pero entonces era algo nuevo para mí. Acababa de sufrir la ocupación alemana, que no había sido precisamente nada divertida, y me encontraba de pronto expuesto al odio de mis contemporáneos. Aquello produjo en mí un curioso efecto. Por fin, las cosas se arreglaron bastante bien. Siempre se me ha odiado. Pero lo importante es que los jóvenes mantenían conmigo buenas relaciones. Hasta el sesenta y cinco más o menos. Quiero decir que mayo del sesenta y ocho se hizo al margen de mi persona; ni siquiera me di cuenta de que aquello se acercaba. Después de mil novecientos sesenta y ocho, hacia mil novecientos sesenta y nueve, volví a acercarme a los jóvenes. De ese modo seguí teniendo un público de jóvenes, por lo menos en parte. Ahora es distinto, las cosas comien-



«Gracias a la filosofía descubrí el fondo anarquista que hay en mí».

zan a cambiar: ha llegado el momento de recoger los bártulos...

—¿Lamenta acaso que los jóvenes intelectuales no le lean más, que le conozcan a través de ideas falsas que tienen de usted?...

J.P. S.—Es una lástima para mí.

—¿Para usted o para ellos?

J.P. S.—A decir verdad, creo que también para ellos. Pero creo que es sólo cuestión de un momento.

—¿Aceptaría, en el fondo, la reciente profecía de Roland Barthes en el sentido de que pronto va a ser usted objeto de un redescubrimiento natural?

J.P. S.—Eso espero.

—¿Y en qué parte de su obra le gustaría que se fijase la nueva generación?

J.P. S.—Las «Situaciones», «Saint-Genét», «Crítica de la razón dialéctica», «El diablo y el buen Dios». «Situaciones» es, si usted quiere, la parte no filosófica de mi obra más próxima a la filosofía: crítica y política. Me gustaría que eso quedara y que

se leyera. También «La Náusea». Considero que, desde el punto de vista propiamente literario, es lo mejor que he hecho.

—Después de mayo del sesenta y ocho, usted me dijo: «Si uno relea todos mis libros, se dará cuenta de que en el fondo no he cambiado y que he seguido siendo anarquista...».

J.P. S.—Nada más cierto. Y eso se verá en las emisiones que preparo para la televisión. Sin embargo, sí he cambiado en el sentido de que era anarquista sin saberlo en el momento de escribir «La Náusea»: no me daba cuenta de que lo que escribía tenía una orientación anarquista; veía únicamente la relación con la idea metafísica de «náusea», con la idea metafísica de existencia. Posteriormente descubrí, gracias a la filosofía, el ser anarquista que hay en mí. Pero no lo descubrí bajo esa denominación, porque hoy la anarquía ya no tiene nada que ver con la de mil ochocientos noventa.

—En efecto, usted no ha llega-

do a reconocerse jamás en el movimiento anarquista proclamado como tal.

J.P. S.—Nunca. Antes bien, he estado siempre muy alejado del mismo. Pero jamás he aceptado ningún poder por encima de mí, y siempre he pensado que la anarquía, es decir, una sociedad sin poderes, debe convertirse en realidad.

—Usted sería, en suma, el pensador de una nueva anarquía, de un socialismo libertario. ¿Es por eso por lo que no protesta demasiado cuando un amigo le dice que será el Marx del siglo veintuno?

J.P. S.—Ah, ¿sabe usted? ¡Este tipo de profecías!... Pero en fin, ¿por qué iba yo a protestar, si deseo que se me siga leyendo dentro de cien años, aunque no esté demasiado seguro de que vaya a ser así? Me gustaría que se bajase a partir de lo que yo mismo he hecho para superarlo.

—¿Reconoce a pesar de todo que, aunque rechaza todo poder, usted ha ejercido personalmente uno determinado?

J.P. S.—He tenido acceso a un falso poder: el de profesor. Pero el poder real de un profesor consiste, por ejemplo, en prohibir que se fume en clase —yo no lo hacía—, a suspender a alumnos —yo siempre daba la media—. Transmítala un saber: en mi opinión, eso no es un poder o en cualquier caso depende de cómo uno enseñe. Pregunte usted a Bost si yo creía tener un poder sobre mis alumnos, y si lo tenía realmente.

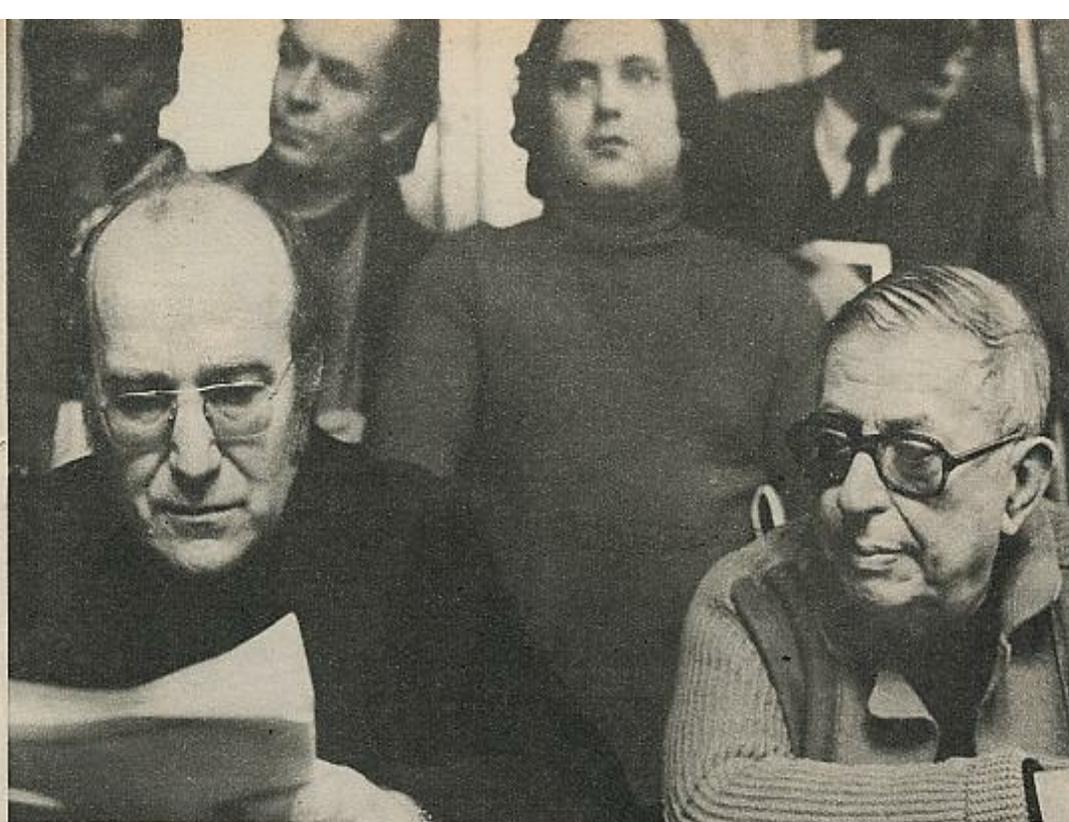
—¿No piensa usted que la celebridad le ha concedido un cierto poder?

J.P. S.—No lo creo. Puede ocurrir, eso sí, que un agente de la Policía me pida la documentación con mayor cortesía. Pero no creo tener otro poder que no sea de este tipo. No creo tampoco tener otro poder que no sea el de las verdades que afirmo.

—En el fondo, a usted le cuesta trabajo medir su propia notoriedad...

J.P. S.—No lo sé. Hoy ya no sé muy bien si lo que digo todavía cuenta o si las corrientes literarias y filosóficas que ocupan al mundo intelectual no me han enmascarado y no me han ocultado completamente.

—Puede ocurrir que Deleuze o



«Mi entrevista con Baader fue un fracaso, aunque volvería a hacerlo si fuese necesario». (Sartre, con el abogado del grupo Baader, durante la conferencia de prensa que siguió a la visita al anarquista alemán en la cárcel.)

Foucault sean hoy más leídos por los jóvenes intelectuales franceses. Sin embargo, son menos célebres que usted, y desde luego tienen menos lectores en el extranjero. Cuando usted expresó el deseo de entrevistarse con Baader en la cárcel alemana donde estaba recluso, recibió la autorización pertinente. ¿Por qué? Porque es usted una «vedette». Una parte de la prensa alemana le insultó. ¿Por qué? Porque temía la audiencia que usted pudo encontrar...

J.P. S.—En ese caso concreto, la única repercusión que hubo fue precisamente ese furor sagrado de la prensa y de las per-

sonas que me escribieron. Con otras palabras, creo que la visita a Baader fue un fracaso. La opinión pública alemana no sufrió modificación alguna. Tal vez incluso tuvo el efecto contraproducente de indisponerla aún más contra la causa que yo pretendía sostener.

«De nada sirvió decir, al comienzo de mi conferencia de prensa, que no tomaba en cuenta los actos que se le imputaban a Baader, sino que sólo consideraba las condiciones de su detención; los periodistas juzgaron, a pesar de todo, que yo apoyaba la acción política de Baader. Creo que aquello fue un fracaso, lo

que no impide que, si hubiese que hacerlo otra vez, yo lo hiciera.

—Pero, ¿qué le da a usted, Sartre, no es un cualquiera. Usted mismo deseaba ser célebre.

J.P. S.—No sé si lo sigo deseando. Lo deseaba antes de la guerra de mil novecientos treinta y nueve y lo he deseado también después, durante los pocos años en que se me mimó, como usted sabe. Pero ahora...

—Es lo que yo digo: ahora usted lo es...

J.P. S.—Lo soy, pero no lo siento. Estoy aquí, hablo con usted. Esto aparecerá en la prensa, pero en el fondo todo me trae un poco sin cuidado...

—Si deseaba la celebridad, era en cierto modo para sentirse existir. Uno de mis amigos decía el otro día: «El nuevo cogito es: se habla de mí en la prensa, luego soy».

J.P. S.—Si alguien ansia la celebridad, no se contenta con eso, sino que lo quiere todo. Desea perdurar en la memoria de los hombres independientemente de las páginas impresas que le perpetúan. Tendrá lectores, pero porque los hombres se acordarán de él, y no a la inversa. En ningún momento he pensado que los periódicos o los escritos existentes en torno a mi persona pudiera inmortalizarme. Tal era el papel que asignaba a mi obra, antes incluso de haber escrito la primera línea: debía inmortalizarme porque mi obra era yo mismo. Y sólo yo podía ocuparme de mí mismo. Los demás podían obtener ciertos beneficios híbridos. Pero para saber quien soy realmente, para saber lo que soy y lo que valgo, sería preciso un

psicoanalista perfecto, que no existe.

—Usted explica en «Las Palabras» que su ansia de gloria era un efecto del miedo a la muerte, así como de una sensación de contingencia ante la gratuidad injustificable de su existencia.

J.P. S.—Exactamente. Y una vez que uno tiene esa sensación, nada varía: uno se siente en todo momento injustificado.

—¿Y no cree usted que en una sociedad que no legitima a sus miembros en el momento de hacer —como ocurría en la sociedad teocrática o en la feudal— el deseo de gloria personal es un poco el deseo de todos?

J.P. S.—Un individuo está legitimado por la sociedad si realmente lo desea. De hecho no está legitimado por nada, pero la mayoría de las personas no lo ven. Una madre está legitimada por sus hijos; una hija por su madre, etcétera.

—Sin duda. ¿Pero no es porque en su infancia usted no sintió ningún tipo de legitimación por lo que deseó tan ardientemente la gloria hasta conquistarla?

J.P. S.—Creo que sí. Creo que uno llega a célebre con tal de proponérselo. No porque tenga ciertas dotes o disposiciones innatas. ¿Pero qué deduce usted de todo eso?

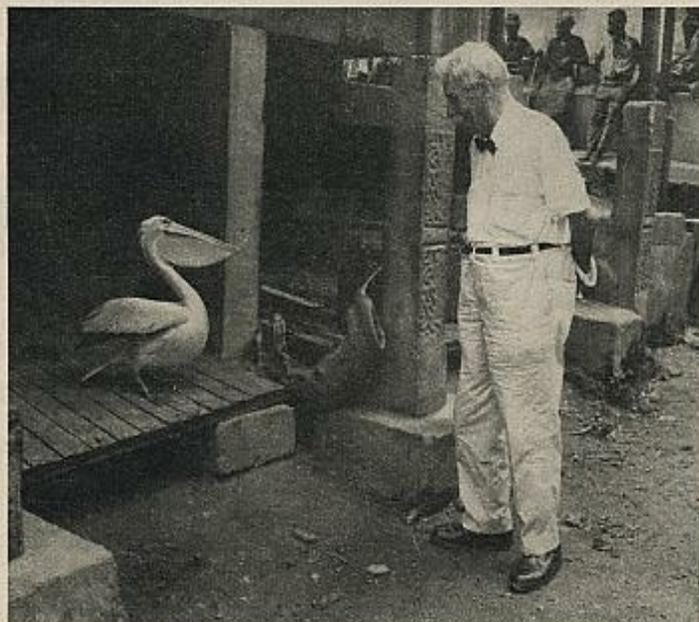
—Creo que le cuesta a usted trabajar darse cuenta de lo que significa para los demás. Creo que fue Claude Roy quien dijo: «Sartre no sabe que es Sartre».

J.P. S.—No lo sé en absoluto. Pero creo que usted tampoco lo sabe.

—Yo sí sé lo que representa para mí.

J.P. S.—Exactamente, pero usted es uno de los íntimos que no ven en mí al personaje. ¿Cómo saber, sin embargo, lo que represento para las personas que no me conocen? No se regre a ninguna imagen fácilmente captable, captable por mí. Hay, efectivamente, personas que dicen después de haberme visto: «Pues no resulta intimidante». Es decir, que se esperaban que lo fuera. Otros me dicen: «Me han gustado mucho sus libros», pero nada de eso me confiere una estatura exterior. Son sencillamente relaciones entre los demás y mi propia persona.

—Pero al mismo tiempo, usted se encuentra continuamente a sí mismo en la prensa, muy pronto



«En mi familia todos eran músicos: mi abuelo tocaba el piano y el órgano, mis dos tíos eran excelentes pianistas, y primo Albert tampoco lo hacía mal». (En la foto, Albert Schweitzer, a quien se refiere Sartre.)

también en la televisión y en los libros que se le dedican. Usted sabe perfectamente que tiene mayor audiencia que la mayoría de las personas.

J.P. S.—Sí, supongo que sí. Aunque hoy ya no sé. Desde hace unos años ya no sé.

—¿Lo dice con pesar?

J.P. S.—No, le aseguro que me trae sin cuidado. Porque quería escribir sobre el mundo y sobre mi persona: es lo que he hecho. Quería que se me leyera y así ha sido. Cuando uno es muy leído, se habla de celebridad. Bien, de acuerdo que la tengo... Es lo que siempre he soñado de pequeño; en cierto modo he gozado de esa celebridad. Pero yo soñaba con algo distinto, no sé qué exactamente qué. Y eso sí que me falta.

—Se dice que usted tiene el genio de la publicidad...

J.P. S.—Creo que eso es falso. Nunca he hecho nada para atraer a la publicidad.

—Usted escandaliza.

J.P. S.—¡Ah! Ya no.

—La prueba la tenemos en su reciente visita a Baader.

J.P. S.—Los periódicos dijeron que yo estaba chocho. Aunque sólo se tratase de descalificar, nunca antes se había dicho tal cosa de mí: la edad tiene la culpa. ¿Ve usted?, volvemos siempre al mismo tema.

—¿Aunque en todo lo que acabamos de decir la edad no ha contado demasiado, a partir de cuándo se sintió usted envejecer?

J.P. S.—Es complicado porque, en cierto modo, el hecho de haber perdido el uso real de la vista, de no poder andar más de un kilómetro, etcétera, equivale al envejecimiento. En efecto, son males que no lo son, en el sentido de que puedo vivir con ellos, pero que vienen de que estoy ya al final del camino. Así que eso es cierto. Pero, por otro lado, no pienso realmente en ello. Me veo, me siento, trabajo como alguien que tiene cuarenta y cinco o cincuenta años. No me siento viejo. Y, sin embargo, a los setenta y uno es ya un viejo.

—¿Cree usted que eso puede aplicarse a la mayoría de los hombres de su edad?

J.P. S.—No lo sé. No le puedo contestar. No me gusta la gente de mi edad. Todas las personas que conozco son mucho más jóvenes que yo. Con ellos es con quien mejor me entiendo: tienen las mismas necesidades, ignoran y saben las mismas cosas que yo. Las personas a las que más veo —de hecho, actualmente, casi todas las mañanas— son Pierre Victor y Philippe Gavi. Tienen treinta años. Y con usted mismo me siento como con alguien que tuviese mi misma edad. Sé que



Jean-Paul Sartre, en Boulogne-Billancourt, durante las huelgas de la Renault.

usted es mucho más joven que yo, pero no lo siento.

—¿Qué es lo que más le molesta en la gente de su edad?

J.P. S.—¡Que son viejos! Resultan insoportables.

—Yo a usted no le encuentro insoportable...

J.P. S.—Sí, pero yo no soy como los viejos. Los viejos vuelven siempre sobre las mismas ideas, tienen ideas fijas, se sienten molestos por lo que se escribe hoy... Ah, son un fastidio. La edad es un castigo en la mayoría de los casos. Además pierden cuanto de fresco había en ellos. Me resulta muy desagradable encontrarme a viejos a quienes conocí de muy jóvenes. Las personas de mi edad con las que puedo conversar son los muchachos de «Les Temps modernes», que tienen quince o veinte años menos que yo. Con esos todavía marcha. Pero los contactos normales los tengo con personas de treinta años.

—¿Son ellos los que buscan ese contacto con usted?

J.P. S.—No soy yo, en cualquier caso, el que los busca.

—Esa es una de las cosas que sorprenden en usted. ¿Nunca toma la iniciativa de un encuentro?

J.P. S.—Jamás. No siento curiosidad por la gente.

—Sin embargo, usted escribió en cierta ocasión: «Siento pasión por comprender a los hombres».

J.P. S.—Sí. Una vez que tengo a un hombre delante, siento, efectivamente, pasión por comprenderle. Pero en ningún caso seré yo quien vaya a su encuentro.

—Es una actitud de solitario.

J.P. S.—De solitario, sí. Observo que estoy rodeado de perso-

nas, mujeres casi todas. Hay varias mujeres en mi vida —Simone de Beauvoir es la única en cierto sentido—; pero, en fin, hay varias mujeres.

—Eso debe absorber gran parte de su tiempo. Ya le ocupaba bastante tiempo cuando todo lo que usted deseaba en el fondo era escribir. Recuerdo que en cierta ocasión me dijo: «Lo único que me gusta hacer realmente es sentarme a la mesa y escribir, de filosofía preferentemente».

J.P. S.—Sí, eso es lo que más me ha gustado siempre. Y es cierto que se me ha mantenido muchas veces un poco alejado de la mesa: había que romper para volver a ella.

—¿Pero no le gusta a usted estar solo cuando no trabaja?

J.P. S.—Me gusta estar solo en ciertos casos. Antes de la guerra me gustaba, las noches en que Castor no estaba libre, irme solo al Balzar, por ejemplo: allí sentía mi soledad.

—Eso no le volvería a ocurrir después de acabada la guerra...

J.P. S.—Recuerdo que hace tres o cuatro años tuve toda una tarde para mí solo, lo que me proporcionó un gran placer. Estaba en casa de una amiga que se hallaba ausente. Bebí hasta emborracharme completamente. Regresé a pie a mi casa, y Puig, mi secretario, que había venido a ver si todo iba bien, me seguía de lejos. Por el camino me caí y Puig me recogió, me sostuvo y me llevó hasta casa. Eso es lo que hice con mi libertad. Cuando le digo a Simone de Beauvoir que me gusta estar solo, pero que no me dejan, ella me contesta

siempre: «Usted me hace reír».

—¿Cómo vive hoy?

J.P. S.—Mi vida se ha vuelto muy simple, dado que no puedo desplazarme lejos. Me levanto a las ocho y media de la mañana. Con frecuencia duermo en casa de Simone de Beauvoir, y regreso a la mía después de tomar el desayuno en un café por el camino, especialmente en el que más me gusta, el café La liberté, que es verdaderamente el nombre que me conviene, en la esquina de la calle de la Gaité con el boulevard Saint-Germain, a doscientos metros de mi casa. En Montparnasse me siento como en mi casa. Antes de la guerra viví bastante tiempo en el hotel Mistral, que todavía existe, en la calle Cels, entre el cementerio Montparnasse y la avenida del Maine, y luego en un hotel de la calle de la Gaité.

«Cuando dejé Saint-Germain-des-Prés, después de la destrucción con bomba de plástico de mi apartamento del cuarenta y dos de la calle Bonaparte, viví doce años en el número doscientos veintidós del bulevar Raspail. Ahora vivo cerca de la nueva torre. Casi todos mis íntimos habitan en Montparnasse, y conozco un poco a las gentes del barrio, a los camareros, a la vendedora de periódicos, a algunos comerciantes.

—¿Le gusta la vida de café?

J.P. S.—Sí, es mi vida: siempre he vivido así. No es exactamente una vida de café: almuerzo tarde, hacia las dos, y me quedo en el café hasta las cuatro. De cuando en cuando, aunque raramente, ceno con Simone de Beauvoir en un restaurante. A

veces descubre alguno nuevo y quiere que yo lo pruebe con ella; por mí mismo no habría sentido esa curiosidad.

—¿Ve usted a mucha gente estos últimos años?

J.P. S.—Siempre a los mismos, pero muy poco. Sobre todo a mujeres: las que están próximas a mí en la vida. Y también veo a tres o cuatro hombres con regularidad: a los camaradas de «Les Tempes Modernes», un miércoles sí y otro no.

—¿A qué se debe esa regularidad en sus costumbres? Cada semana se parece a la anterior; cada una de las personas a las que ve tiene fijados un día, una hora. Siempre se reúne con los mismos...

J.P. S.—Creo que ello se debe a que es precisa esa regularidad de costumbres para escribir de manera productiva. No me he li-

de Beauvoir y Bost. Llegué el primero, me senté en el suelo al abrigo de unas rocas y me puse a escribir. Luego llegaron mis acompañantes y se sentaron a mi lado, pero yo seguí escribiendo.

«Evidentemente he escrito mucho en los cafés, gran parte de «El aplazamiento» y de «El Ser y la Nada» se escribió en La Coupole, en Les Trois Mousquetaires, en la avenida del Maine y luego en el Flore. Pero a partir de mil novecientos cuarenta y cinco-cuarenta y seis, cuando me alojé en casa de mi madre, en el cuarenta y dos de la calle Bonaparte, y más tarde, después de mil novecientos sesenta y dos, en el bulevar Raspail, he escrito casi siempre en mi despacho. Ahora bien, también escribía cuando estaba en el extranjero, y he hecho muchos viajes...

»Así, pues, esas costumbres a

me reúno en mi casa con los compañeros que preparan la emisión con Simone de Beauvoir y conmigo, y juntos trabajamos hasta la una y media o dos. Después me voy a comer a una de las cervecerías del barrio y vuelvo a casa hacia las cuatro y media.

»Generalmente, Simone de Beauvoir está en casa, charlamos un rato; luego ella me lee las obras que necesitamos para las emisiones, un libro cualquiera o tal vez «Le Monde» y «Libération» y otros periódicos. Eso nos mantiene ocupados hasta las ocho y media o las nueve, y entonces la mayoría de las veces regresamos juntos a su estudio cerca del cementerio de Montparnasse, y paso la tarde con ella, casi siempre escuchando música. A veces ella continúa su lectura, mientras yo me acuesto siempre a la misma hora, más o menos hacia las doce y media.

—La música ocupa un lugar importante en su vida. Pocas personas lo saben...

J.P. S.—La música siempre ha contado mucho para mí, al mismo tiempo como distracción y como elemento principal de la cultura. En mi familia todos eran músicos: mi abuelo tocaba el piano y el órgano; mi abuela tocaba el piano bastante bien; mi madre también, y además cantaba. Mis dos tíos —sobre todo mi tío Jorge, cuya esposa era también músico— eran excelentes pianistas, y como usted sabe, el primo Albert tampoco lo hacia mal... En una palabra, en casa de los Schweitzer todo el mundo tocaba, y mi infancia se desarrolló en un ambiente musical.

»Hacia los ocho o nueve años me dieron lecciones de piano. Después no tomé ya más hasta los doce, en la Rochelle. Allí, en la casa en que vivía con mi madre y mi abuelo, había un gran salón que sólo se utilizaba para las recepciones y que estaba presidido por un piano de cola. Entonces volví a aprender solo lo que había olvidado, interpretando primero partituras de opereta, y luego, a cuatro manos con mi madre, composiciones de Mendelssohn, entre otros. Poco a poco fui abordando obras más difíciles: Beethoven, Schumann; más tarde Bach, con un dedo poco correcto, pero ajustándome bastante el «tempo», sin precisión verdadera, aunque respetando más o menos el compás.

»Por fin, llegué a interpretar cosas bastante difíciles, como a Chopin o las sonatas de Beethoven, excepto las últimas, que son muy complicadas y de las que sólo ejecutaba una parte. Tocaba a Schumann, a Mozart y también

arias de óperas o de operetas que cantaba; tenía voz de barítono, pero nunca he trabajado el canto. Ni tampoco el piano, a decir verdad: nunca hice ejercicios de velocidad, pero a fuerza de interpretar siempre los mismos fragmentos, llegué a tocar de forma bastante audible. Incluso di lecciones de piano en la escuela normal cuando tenía veintidós años.

»Tocar el piano terminó convirtiéndose en algo importante para mí. Por ejemplo, cuando vivía en el cuarenta y dos de la calle Bonaparte, Simone de Beauvoir solía venir por la tarde a trabajar a mi casa, y cuando se ponía a leer o a escribir delante de mí, yo me sentaba al piano y tocaba durante dos horas seguidas. Tocaba por propio placer alguna partitura nueva que había que descifrar, bien un preludio, una fuga de Bach o una sonata de Beethoven, que interpretaba por enésima vez.

—¿Llegó usted a tocar para sus amigos?

J.P. S.—No, nadie me lo pidió nunca. Más tarde toqué con mi hija adoptiva, Arlette; ella cantaba o tocaba la flauta, yo la acompañaba. Tocamos juntos durante varios años; ahora, sin embargo, ya no puedo. En realidad lo dejé poco antes de sufrir el accidente en el ojo, debido a que mis manos habían perdido agilidad y me costaba trabajo coordinar. Ahora escucho más música que antes. Puedo decir que tengo una buena cultura musical, desde la música barroca hasta el atonalismo.

»Casi todas las tardes escucho discos en casa de Simone de Beauvoir, y a veces durante el día sintonizo France-Musique. Nunca antes, cuando escribía, escuchaba la radio como parece que hacen ahora algunos escritores. Pero hoy en día trabajo menos, y me gusta mucho escuchar los programas de France-Musique, que no están mal en general.

—¿Cuáles son sus compositores favoritos?

J.P. S.—Yo diría que Beethoven, que es para mí el músico más grande; Chopin, Schumann y, dentro de la música moderna, los tres atonalistas más célebres, es decir, Schoenberg, Berg y Webern, que me gustan mucho, sobre todo Webern y también Berg en obras como el «Concierto a la memoria de un ángel» y evidentemente «Wozzeck»; Schoenberg me gusta algo menos porque es demasiado profesional. Hay también un músico que me gusta mucho: Bartok. Le descubrí en Norteamérica en mil novecientos cuarenta y cinco, mien-



«Gracias al teatro conocí a gente a la que de otro modo jamás habría conocido». (En la foto, de 1946, Sartre, con Simone Berriau, en cuyo teatro, el «Antoine», se montaron varias de sus obras.)

mitado a escribir cuatro novelas en mi vida, sino que he escrito muchas, muchas páginas. No se puede escribir una obra abundante sin disciplina de trabajo. Aclarado eso, diré que he escrito en todos los lugares posibles. Escribí varias páginas de «El Ser y la Nada» en una pequeña cima de los Pirineos durante una excursión en bicicleta con Simone

que usted se refiere datan de la época en que organizaba mi vida en función de mis horas de trabajo: de nueve y media o diez a la una y media, y luego, de cinco o seis a las nueve. Así he trabajado toda mi vida. Ahora son un poco como horas vacías. Sin embargo, sigo ateniéndome a los mismos horarios. Por ejemplo, hacia las diez y media u once

tras me encontraba en Nueva York. Antes no le conocía en absoluto. Bartok ha sido y sigue siendo uno de mis compositores preferidos.

«También me gusta mucho Boulez; no tiene genio, pero sí un gran talento. Como puede ver, mis gustos son eclécticos. Me gusta mucho la música antigua: Monteverdi, Gesualdo, las óperas de aquella época. En general, me gusta mucho la ópera.

«Así, ve usted la música, antes de mis accidentes físicos me ocupaba hasta cuatro horas del día y ahora incluso más. Evidentemente, si hubiese podido elegir entre perder el oído y perder la vista, habría optado por el oído. De todas formas, me habría fastidiado mucho, por la música precisadamente.

—¿No ha compuesto usted nunca?

J.P. S.—Sí, he compuesto incluso una sonata. Seguramente Castor la tiene todavía. Creo que se parecía bastante a Debussy, ya no me acuerdo muy bien. Me gusta mucho Debussy; Ravel, también.

—¿No hay nada que le disguste en música?

J.P. S.—No; en realidad, no. Tal vez Schubert, si usted quiere, sobre todo los «lieder». No admiten comparación con los de Schumann, por ejemplo. Los de Schubert son rudos y vulgarmente melódicos. No tiene usted más que compararlos con la melodía de un «lied» de Schumann.

«Dicho esto, resulta, en efecto, curioso que no haya hablado de música en mis libros. Creo que es porque no tenía mucho que decir que no se supiese ya. Está el prefacio que escribí hace tiempo para el libro de René Leibowitz —uno de los raros músicos a quienes conozco un poco personalmente—, pero en aquel prefacio yo hablaba menos de música que del problema de la significación en la música, y no es evidentemente uno de mis mejores textos.

—También hay en «La Náusea» un famoso pasaje que se podría deducir que usted detesta la gran música: «Y las salas de concierto rebosan de humillados, de ofendidos. (...) Crean que la belleza es compasiva con ellos. ¡Qué imbéciles!».

J.P. S.—Es cierto que jamás pensé que la música estuviese realmente destinada a ser escuchada en una sala de conciertos. La música hay que escucharla sólo por radio o en disco, o interpretada por tres o cuatro amigos. Escuchar música rodeado de un montón de gente a la que no conoces y que se limitan a escuchar como tú, no tiene sentido. La música está hecha para ser escuchada individualmente. Se puede admitir en rigor el concierto para la música sinfónica —aunque también sea preferible escucharla individualmente—, pero por lo que respecta a la música de cámara, a la música íntima, resulta absurdo.

—¿Usted personalmente prefiere la música íntima?

J.P. S.—Creo que nadie ha sido capaz realmente de componer sinfonías. Es demasiado difícil.

—¿Ni siquiera Beethoven?

J.P. S.—Ni siquiera Beethoven. Aunque, en rigor, la «Novena» sea casi una sinfonia hermosa.

—¿Su rechazo del concierto no es en el fondo un rechazo de las ceremonias de carácter mundano?

J.P. S.—Algo de eso hay. En cualquier caso, aparte de mis amigos propiamente dichos —que rara vez me invitan— no visito nunca a nadie. Siempre he detestado eso, las comidas con desconocidos: en lugar de comer, le comen a uno.

—Sin embargo, hubo un período durante la guerra en que a usted le gustaba conocer a gente nueva.

J.P. S.—Sí; por ejemplo, después de la guerra conocí a Hemingway, a Dos Passos. Me reunía con frecuencia con escritores como Salacrou, Leiris, Queneau, Cocteau. Mantenía las relaciones que mantiene normalmente todo escritor con los escritores de su época. Por otro lado, aquello no comenzó hasta mil novecientos cuarenta y dos o mil novecientos cuarenta y tres. Todos los escritores con quienes me veía estaban contra los nazis y eran resistentes de una manera u otra. Después de la guerra conocí a escritores americanos, italianos, a algunos ingleses. Había también los que pasaban por Francia y podían verme: entre mil novecientos cuarenta y cinco y mil novecientos cuarenta y ocho mucha gente deseaba entrevistarse conmigo.

—¿Por qué razón aquellas relaciones literarias, que eran bas-

tante amistosas, se enfriaron luego?

J.P. S.—La responsabilidad fue de ellos tanto como mía. Por lo que se refiere a los escritores extranjeros, la distancia y el hecho de que yo escribiera muy pocas cartas fueron la causa de ese enfrentamiento: jamás he mantenido correspondencia con otros escritores. Así que nos veíamos de tarde en tarde, cuando ellos pasaban por París. Con los escritores franceses, las cosas han sido de otro modo: a algunos los he perdido de vista sin que mediara ninguna disputa, sino por el simple hecho de que nuestras ocupaciones y preocupaciones seguían caminos diferentes: usted sabe cómo ocurren estas cosas.

«Hay otros con los que, a pesar de nuestras diferencias, yo seguía manteniendo excelentes relaciones. Por ejemplo, me gustaba mucho Cocteau, al que conocí en mil novecientos cuarenta y cuatro y al que seguí viendo con frecuencia hasta el final: cené con él unos días antes de su muerte. Yo le encontraba muy simpático y mucho menos «clown» de lo que aparece en la vida que ahora se le atribuye.

«El era siempre quien más hablaba. Hablaba de su manera de ver el mundo, de sus ideas —que yo apenas compartía—, porque en mi opinión era muy superficial. Era un brillante conversador, tenía sensibilidad, pero pocas ideas. Lo que no significa que no le considere un poeta de gran valor.

—En el fondo, durante todo aquel período, usted formó parte de lo que llaman el todo París.

J.P. S.—No formaba realmente parte del todo París. Ahora bien, gracias al teatro conocí a gente a la que de otro modo jamás ha-

bria conocido. Así conocía a Colette en casa de Simone Berriau, que era una de mis íntimas, porque todas mis obras, excepto «Los secuestrados de Altona», se montaron en su teatro. Simone Berriau conocía a muchísima gente y era una agradable anfitriona.

«Me gustaba mucho Yves Mirande, que vivía con ella por aquella época y que me divertía. Tenía una gran sensibilidad, era gracioso; recuerdo un día en que hice una lectura a Jovet de «El diablo y el buen Dios», de la que sólo llevaba escrito el primer acto y para cuyo montaje Jovet había solicitado el permiso de su confesor. Jovet escuchó mi lectura de ese primer acto en el salón de Simone Berriau. Mirande estaba a su lado.

Jovet no decía palabra, sino que permanecía atento con las cejas fruncidas y un aire batallador. Cuando hubo acabado, tras un largo silencio, Mirande dijo: «Tus palabras parecen tener vitriolo». Fue el único comentario que se hizo allí, pues acto seguido Jovet se levantó y se excusó; debía salir al día siguiente para América. ¡El pobre Mirande, que había intentado hacerme un cumplido y sólo había encontrado ese viejo cliché!

«Ese tipo de cosas —siempre ligadas al teatro— eran mi única concesión al todo París. Por otro lado, recibía, siempre a la misma hora hacia la una, después del trabajo de la mañana, a aquellas personas que deseaban verme, que querían mostrarme un libro que habían escrito o deseaban solicitar mi opinión sobre tal o cual cosa...

—Todavía hoy usted recibe a jóvenes que trabajan en alguna de sus obras.



Sartre participa en el Tribunal Russell, que condenó los crímenes norteamericanos en Vietnam.

J.P. S.—Sí, los recibo siempre. El otro día vi a unos cuantos estudiantes de Licéo, amigos de Puig, que debían realizar una disertación sobre «La puta respetuosa», y que querían que yo les expusiese un poco mis ideas sobre esa obra.

—¿Pero no hubo una época en que parecían divertirse los encuentros con celebridades?

J.P. S.—En realidad yo nunca pedía verles. Ellos me escribían o entraban en contacto conmigo a través de Cau, y yo les decía sí o no. De esa forma conocí personalmente a un actor que me gustaba mucho, Eric von Stroheim. Le vi varias veces. Pero las conversaciones que uno puede tener con personas así, aun cuando sean mínimamente sinceras, tienen siempre algo de artificial. Es más interesante conocer a un hombre en el proceso de hacerse célebre, seguirle en su evolución, captar a la vez su transformación y su ser profundo. En un señor Chaplin o un señor Von Stroheim uno ve sólo lo que el individuo deja que se filtre. Es decir, que el personaje está siempre presente. No es que el individuo interprete su propio personaje, sino que está como atrapado por él.

—¿Y usted está también atrapado por el personaje que es?

J.P. S.—No, porque yo no tengo realmente personaje. Sé que existe de mí una imagen, pero esa imagen es de otros, no mía. Ignoro cuál es la mía: no pienso gran cosa de mí mismo, de mí mismo en tanto que individuo. Cuando pienso reflexivamente, se trata más bien de ideas válidas para todos.

«Comencé a interesarme por mi propia persona hacia los diecinueve años, pero eran más bien generalidades las que buscaba mientras me autoobservaba para escribir «L'imaginaire», y hurgaba en mi conciencia. «Las palabras» fue un intento por comprender mi infancia, un yo pretérito, para entender cómo había llegado a ser el que era en el momento de escribir aquello. Pero habrían hecho falta muchos otros libros para explicar dónde me encuentro ahora. Es lo que hago actualmente, cuando tengo tiempo, con Simone de Beauvoir, para ese volumen autobiográfico.

«Intento explicar cómo han cambiado las cosas, cómo actuado sobre mí determinados acontecimientos. No creo que la historia de un hombre esté ya inscrita en su infancia. Pienso que hay otras épocas muy importantes: la adolescencia, la juventud, e incluso la edad madura. Lo que veo con mayor claridad en mi vida es un corte que hace que haya dos momentos casi totalmente separados hasta el punto de que, encontrándome como me encuentro en el segundo, ya no me reconozco apenas en el primero: esos dos momentos son el anterior a la guerra y el de la posguerra.

«La guerra dividió realmente

mi vida en dos. Comenzó cuando yo tenía treinta y cuatro años y terminó cuando había cumplido los cuarenta, es decir, que coincidió con mi paso de la juventud a la madurez: al mismo tiempo, la guerra me reveló ciertos aspectos de mi persona y del mundo. Por ejemplo, en ella conocí la alienación profunda que era el cautiverio; también la relación con la gente, y el enemigo, el enemigo real no el adversario que vive en tu misma sociedad y que te ataca verbalmente, sino el enemigo que te puede mandar detener y enviar a la cárcel mediante un sencillo gesto dirigido a unos hombres armados.

«También conocí en la guerra el orden social, la sociedad democrática oprimida, anonadada, pero existente precisamente en la medida en que luchábamos por conservar su valor con la esperanza de que, después de la guerra, a que élla renacería. Fue aquel momento, si usted quiere, el que señaló mi paso desde el individualismo y el individuo puro de antes de la guerra, a lo social, al socialismo. Aquel fue el auténtico punto de inflexión en mi vida: el que marca su división en un antes y un después. Una obra característica de ese período anterior al cambio es «La Náusea» en la que la relación con la sociedad se da a un nivel metafísico; mi nueva actitud, después de la guerra, me llevó lentamente a elaborar la «Crítica de la razón dialéctica».

—El año mil novecientos cincuenta y dos, cuando usted se aproxima a los comunistas y luego el de mil novecientos sesenta y ocho, ¿caso no representaron también giros decisivos?

J. P. S.—Mil novecientos cincuenta y dos no fue demasiado importante. Durante cuatro años me mantuve bastante próximo a los comunistas, pero mis ideas no eran las suyas, y ellos no lo sabían. Me utilizaban aunque sin comprometerse demasiado y sospechaban que, de ocurrir algo como lo de Budapest, yo los abandonaré, como hice efectivamente. Desde un punto de vista objetivo ese acercamiento a los comunistas tal vez represente un giro importante, pero subjetivamente no significó gran cosa porque no renuncié a mis ideas de antes durante aquella etapa; luego recogería y desarrollaría aquellas ideas en la «Crítica de la razón dialéctica».

«Mil novecientos sesenta y ocho en cambio sí fue importante. Para todo el mundo. Pero particularmente para mí, pues si en la anterior etapa me acerqué a los comunistas, es porque antes de mil novecientos sesenta y ocho no había nadie más a la izquierda, excepto los trotskistas, que eran, en el fondo, comunistas desafortunados. Si hubiese habido un movimiento izquierdista después de la guerra, me habría afiliado a él inmediatamente. ■ **Declaraciones recogidas por MICHEL CONTAT (Copyright Jean-Paul Sartre et Michel Contat).**



Edward Malefakis.

EL PARTIDO SOCIALISTA ESPAÑOL VISTO POR MALEFAKIS

El profesor norteamericano Edward Malefakis se dio a conocer en nuestro país con su estudio —hoy agotado— sobre «Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX». Ahora sus investigaciones se dirigen hacia el Partido Socialista Obrero Español, cuyo desarrollo histórico analizará en su próximo libro. Como un adelanto de sus tesis principales aparece en el último número de «Tiempo de Historia» una entrevista con Malefakis (realizada por Josefina Pascual), en la que él hace especial hincapié en la escisión encabezada por Largo Caballero e Indalecio Prieto.



Largo Caballero, abrazado por una militante socialista el 1 de mayo de 1936.

LEALO
EN EL NUMERO 8 DE
TIEMPO de HISTORIA